

Edward Page Mitchell

El espectroscopio del alma

Traducción de Hugo Camacho

Adelanto editorial



OrcinyPress

El hombre de cristal

I

Al girar rápidamente hacia la Quinta Avenida desde uno de los cruces por encima del viejo embalse, a las once y cuarto de la noche del 6 de noviembre de 1879, me di de cara con un individuo que venía en sentido contrario.

Aquella esquina estaba muy oscura y no pude ver nada de la persona con la que tuve el honor de chocar. Aun así, gracias a un rápido reflejo de mi mente, que estaba acostumbrada a los ejercicios de deducción, me pude hacer una idea de varias de sus características antes incluso de recuperarme de la conmoción producida por nuestro encuentro.

Estos son algunos de los datos: se trataba de un hombre más pesado que yo y de piernas más firmes; pero le faltaban casi diez centímetros para llegar a mi estatura. Vestía un sombrero de seda, una capa o un capotillo pesado de lana y chanclos de goma o botas de agua. Rondaba los treinta y cinco años de edad, nacido en los Estados Unidos pero educado en alguna universidad alemana —Heidelberg o Friburgo—, con un temperamento natural apresurado, pero considerado y cortés con los demás.

¿Cómo pude saber todo esto cuando no había visto al extraño y solo se había escapado un monosílabo de sus la-

bios? Bueno, supe que era más corpulento que yo y de pisada más firme porque fui yo quien retrocedió, y no él. Supe que era casi diez centímetros más alto que él porque aún sentía un hormigueo en la punta de la nariz por el contacto con el ala dura y afilada de su sombrero. Mi mano, levantada de manera involuntaria, se deslizó por debajo de su capa. Supe que llevaba calzado de goma porque no le había oído dar ni un solo paso. Para un oído entrenado, los signos de la edad son tan fáciles de reconocer en el tono de la voz como a la vista lo son las expresiones faciales. En un primer momento de exasperación por mi torpeza, exclamó un «¡Buey!», término que no se le habría ocurrido a nadie que no fuese alemán. La pronunciación gutural, en cambio, me reveló que el hablante era estadounidense hijo de alemanes, no de origen, y que había recibido su educación alemana al sur del río Main. Además, incluso en aquella breve muestra de ira quedó patente su tono de caballero educado. Llegué a la conclusión de que aquel hombre no tenía una particular prisa, pero por alguna razón prefería que no lo reconocieran, porque tras escuchar en silencio mis disculpas, se inclinó para recoger mi paraguas y prosiguió su camino de manera tan silenciosa como se me había acercado.

Pongo mucho empeño en verificar mis conclusiones siempre que puedo, así que volví a doblar la esquina para seguir al extraño hasta una zona iluminada que había más abajo. Estoy seguro de no haber tardado más de cinco segundos en salir tras él. No podía haber tomado ninguna otra calle. Aun así, cuando llegué bajo la luz, la forma que debería haber estado delante mío no apareció. No vi ni al hombre ni a su sombra.

Me apresuré todo lo que pude hasta la siguiente farola, me detuve bajo ella y escuché. La calle parecía desierta. La luz amarilla de la pequeña llama de gas se abría poco camino

en la oscuridad. Sin embargo, la iluminación era suficiente en los escalones y la entrada de la casa de piedra caliza que había enfrente. Las figuras doradas que había sobre la puerta se veían nítidas. Reconocí la casa, ya que el número me era familiar. Mientras esperaba bajo la luz de gas pude oír un ligero ruido en esos escalones y el chasquido de una llave en una cerradura. La puerta de la casa se abrió despacio y se cerró con un golpe que hizo eco por toda la calle. Casi de inmediato le siguió el abrir y cerrar de la puerta interior. No había salido nadie. Y si se puede confiar en mis ojos para relatar un hecho que acababa de tener lugar apenas tres metros más allá en un lugar perfectamente iluminado, tampoco había entrado nadie en la casa.

Consciente de que los indicios de que disponía eran escasos como para poder aplicar el proceso inductivo, permanecí un buen rato pensando en las implicaciones de aquel fenómeno extraño. Casi sentí el miedo ante lo inexplicable. Fue para mí un alivio el oír pasos al otro lado de la calle y descubrir que eran los de un policía que me miraba mientras mecía su porra larga y negra.

II

Aquella casa de color marrón chocolate cuya puerta principal se abría y cerraba en plena noche sin intervención humana me era bien conocida, como he dicho. Acababa de abandonarla no hacía ni diez minutos, después de haber pasado la noche con mi amigo Bliss y su hija Pandora. Era una de esas casas en las que cada piso corresponde a un domicilio. Bliss habitaba la segunda planta desde que volviera del extranjero; es decir, desde hacía un año. Le tenía en una alta estima por el candor de su corazón aunque su

mente ilógica y anticientífica me producía cierta lástima. Y adoraba a Pandora.

Comprendan que mi admiración por Pandora Bliss era del todo imposible. Y no solo imposible sino además resignada a esa imposibilidad. En nuestro círculo de amistades existía un pacto tácito por el cual su particular posición como joven coqueta casada con un recuerdo debía ser respetada en todo momento. Adorábamos a Pandora con moderación y no de manera apasionada, lo suficiente como para alimentar su coquetería sin excoriar la dañada superficie de su corazón de viuda. Por otro lado, Pandora se comportaba en consonancia. No suspiraba demasiado fuerte cuando coqueteaba, y siempre controlaba sus coqueteos tan bien que podía detenerlos cuando los recuerdos tristes la embargaban.

Considerábamos correcto decirle a Pandora que el dejar a un lado el pasado como si de un libro cerrado se tratase era un deber para con su propia juventud y belleza, así como apremiarle de manera respetuosa a que avanzara y viviera el presente. No encontramos apropiado continuar forzando el asunto después de que ella contestara que eso era del todo imposible.

No conocíamos los datos exactos de aquel trágico episodio que había tenido lugar durante la experiencia europea de *miss* Pandora. Por todos era sabido, de manera un poco vaga, que había amado mientras estaba fuera y que había jugado con su amante. También sabíamos que él había desaparecido, dejándola sin saber cuál había sido su destino y con remordimientos perpetuos por su comportamiento caprichoso. Yo fui capaz de reunir algunos hechos aislados de boca de Bliss, pero no lo suficientemente coherentes como para poder conformar una historia de aquel caso. No había razón alguna para pensar que el amante de Pandora se hubiera suicidado. Se llamaba Flack y era hombre de ciencia. En opinión de

Bliss, era un idiota, y Pandora otra idiota, por suspirar por él. Según Bliss, todos los científicos eran más o menos unos idiotas.

III

Aquel año pasé el día de Acción de Gracias con los Bliss. Por la tarde quise asombrar a mi compañía relatándoles los misteriosos acontecimientos de la noche en la que colisioné con el extraño. Pero la historia no produjo el efecto que yo esperaba. Dos o tres personas detestables intercambiaron miradas. Pandora, meditando de manera poco frecuente en ella, escuchó con aparente indiferencia. El padre, haciendo gala de su estúpida incapacidad para captar cualquier cosa que saliera de lo común, rio descaradamente e incluso fue tan lejos como para cuestionar mi fiabilidad como observador.

Me sentí un tanto molesto y mi fe en el propio fenómeno se vio tan afectada que me inventé una excusa para retirarme pronto. Pandora me acompañó al umbral.

—Su historia me ha interesado de manera extraña —dijo ella—. Yo también podría explicarle algunos de los fenómenos que han tenido lugar en esta casa: se sorprendería. Tengo la sensación de que no estoy sola en la oscuridad. Mi triste pasado podrá arrojar un poco de luz... Pero no nos apresuremos. Llegue al fondo de este asunto. Hágalo por mí.

La joven suspiró mientras me daba las buenas noches. Creí oír un segundo suspiro, en un tono más grave que el suyo y demasiado diferente como para ser un eco.

Epecé a bajar las escaleras. Apenas hubé descendido media docena de escalones, sentí la mano de un hombre posarse desde atrás de manera bastante pesada sobre mi hombro. Mi primer pensamiento fue que Bliss me había seguido

hasta la puerta para disculparse por su grosería y me di la vuelta para reconocer su gesto. Allí no había nadie.

La mano volvió a tocarme el brazo y me estremecí, a pesar de mi formación.

Esta vez había tirado levemente de la manga de mi abrigo, como si me invitara a subir los escalones. Ascendí uno o dos, y la presión que sentía sobre mi brazo se relajó. Me detuve, y aquella invitación silenciosa se repitió con tanta urgencia que no me quedó duda acerca de lo que se me requería.

Subimos juntos las escaleras. La presencia me guiaba y yo la seguía. ¡Qué trayecto más extraordinario! El vestíbulo estaba iluminado con lámparas de gas, y a mis ojos no había nadie más en las escaleras..., aparte de mí mismo. Cerré los ojos y la ilusión —si es que se la puede llamar así— era perfecta. Podía oír el crujir de los escalones delante de mí, las suaves pero nítidas pisadas sincronizadas con las mías e incluso la respiración regular de mi guía y compañero. Extendí un brazo y pude palpar el tejido de su vestimenta: una capa de lana forrada de seda.

De repente abrí los ojos. Estos me mostraron que estaba completamente solo.

Entonces se me presentó el siguiente problema: cómo determinar si la vista me estaba jugando una mala pasada cuando los sentidos de oído y tacto me informaban correctamente o si mis orejas y mis dedos me mentían mientras los ojos me decían la verdad. ¿Quién puede ser el árbitro cuando los sentidos se contradicen unos a otros? ¿La capacidad de raciocinio? La razón se inclinaba a reconocer la presencia de un ser inteligente cuya existencia quedaba completamente negada por el sentido más importante de todos.

Llegamos al piso de arriba de la casa, y la puerta que daba al rellano se abrió para mí, aparentemente por sí misma.

Encontrarás el final de la historia y
el resto de los relatos de E. P. Mitchell en
El espectroscopio del alma
Colección Tar nº2
OrcinyPress.com
En papel y digital sin DRM

EL ESPECTROSCOPIO DEL ALMA
por Edward Page Mitchell

